Zweig

Confusión de sentimientos

La colección invisible

Stefan
Zweig

Alianza
editorial

Stefan Zweig

Confusión de sentimientos
La colección invisible

Traducción de Isabel García Adánez

Alianza editorial
El libro de bolsillo

Títulos originales: *Verwirrung der Gefühle. Die unsichtbare Sammlung*

Primera edición: febrero de 2026

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: Isabel García Adánez, 2026
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2026
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

PAPEL DE FIBRA CERTIFICADA

ISBN: 979-13-7009-152-1
Depósito legal: M-20933-2025
Printed in Spain

Índice

9 Confusión de sentimientos

141 La colección invisible

Confusión de sentimientos

Anotaciones privadas del consejero secreto R. v. D.

Lo han hecho con buena intención mis discípulos y compañeros de la facultad. Aquí lo tengo, en valiosa encuadernación y entregado con solemnidad: el primer ejemplar de la publicación que los filólogos me han dedicado por mi sexagésimo aniversario y por mis treinta años de docencia universitaria. Ha salido toda una biografía; no hay articulito ni *laudatio* ni reseña mínima aparecida en el anuario académico de turno que el afán bibliográfico no haya logrado extraer de la tumba de papel: ahí está mi currículum al completo, pulcro y claro, peldaño a peldaño como una escalera bien barrida, mostrando hasta el mismísimo presente... En verdad sería un desagradecido si no me hiciera ilusión ver una meticulosidad tan conmovedora. Todo cuanto yo mismo he perdido o dejado perder en la vida se me devuelve ahora, unificado y organizado; no, no puedo negar que el hombre entrado en años que soy

contempla estas páginas con el mismo orgullo que antaño aquel expediente académico de sus profesores que por primera vez daba fe de sus capacidades y su voluntad de dedicación a la ciencia.

No obstante, tras hojear esas doscientas afanosas páginas y contemplar en detalle mi retrato intelectual, no pude evitar sonreír. ¿Realmente era esa mi vida, era cierto ese ascenso sin tropiezos y sin perder de vista la meta, desde el primer día hasta el día de hoy, tal y como lo presentaba el biógrafo a partir de las evidencias obtenidas sobre el papel? Me sentí igual que la primera vez que oí mi propia voz a través de un gramófono: de entrada, ni siquiera la reconocí; claro, sí, debía de ser mi voz, pero solo la que percibían los demás y no la que oigo yo mismo a través de mi sangre y en el interior de esa carcasa que es mi persona. Y así, yo, que he dedicado mi vida a explicar a otras personas a partir de su obra y a hacer patente el entramado intelectual de su mundo, al experimentar lo mismo volví a tomar conciencia de lo impenetrable que resulta en el destino de todo individuo el verdadero núcleo, la esencia, esa célula plástica de la que parte todo desarrollo. Experimentados miles de millones de segundos, al fin y a la postre siempre es un solo, un único segundo el que desencadena una auténtica revolución en nuestro mundo interior, ese segundo (Stendhal lo describió) en el que la flor de nuestro interior, ya a rebosar de jugos, estalla y cristaliza; un segundo mágico, similar al instante de la concepción, igual de oculto que esta en el cálido interior de la propia vida; invisible,

intangible, imperceptible, puro misterio vivido en carne propia. No hay álgebra intelectual que pueda calcularlo, ni alquimia de la intuición que lo adivine, y raro es que el propio sentimiento alcance a captarlo.

De ese secreto máximo del desarrollo intelectual y emocional de mi vida no sabe ese libro ni una palabra: por eso no pude evitar sonreír. Todo lo que contiene es verdad... solo que falta lo esencial. Se limita a describirme, pero no dice quién soy. Se limita a hablar de mí, pero no revela nada. Doscientos nombres recopila su detallado registro... solo que falta justo aquel del que partió todo impulso creativo, el nombre de quien determinó mi destino y que ahora me devuelve a mi juventud con doble fuerza. De todo se habla en el libro, excepto de él, del hombre que me dio el lenguaje y con cuyo aliento hablo; y, de pronto, siento como una culpa la cobardía de haberlo mantenido en silencio. Me he pasado la vida esbozando retratos de personas, resucitando personajes de siglos pasados para la sensibilidad de nuestro presente, y justo en lo que más presente tengo: en él, no he pensado nunca; así que ahora, como en los tiempos homéricos[1]; daré de beber de mi propia sangre a la adorada sombra para que vuelva a hablarme, y para que esa presencia que los años apartaron de mi lado hace mucho regrese a mí, ahora que ya acuso el peso de la edad. Añadiré una página silenciada a esas páginas públicas, una

1. Es una referencia al Canto XI de la *Odisea*, en que Ulises realiza un sacrificio a los dioses para comunicarse con los espíritus de sus antepasados. *(N. de la T.).*

confesión de mis sentimientos al erudito libro y me relataré a mí mismo, por él, la verdad de mi juventud.

Una vez más, antes de comenzar, hojeo el libro que se supone representa mi vida. Y de nuevo me tengo que sonreír. Pues ¿cómo iban a acceder a lo que realmente constituye lo profundo de mi persona, si no empiezan por el principio correcto? ¡Si es que su primer paso ya se equivoca! Con toda su buena intención, un compañero de la escuela –hoy con el mismo cargo de consejero secreto– cuenta que yo ya destacaba por mi gran pasión por las Humanidades en el bachillerato. ¡Pues recuerda usted algo que no es, querido compañero! Para mí, todo lo relacionado con las Humanidades era una imposición que soportaba a mi pesar, a regañadientes y de pésima gana. Precisamente porque, siendo hijo del rector de cierta pequeña ciudad de provincias del norte de Alemania, en casa veía que hacer cultura es una simple manera de ganarse el pan, desde niño aborrecí la Filología en todas sus facetas; pues claro, la naturaleza misma, como corresponde a su mística función de conservar la fuerza creativa, siempre insufla al hijo aversión y desprecio hacia la vocación del padre. La naturaleza no deja heredar nada sin esfuerzo ni nervio propio, no deja continuar tal cual y seguir haciendo lo mismo de generación en generación; siempre impone que, primero, se produzca la oposición entre los de una misma especie, y tan solo consiente a la generación posterior pisar de nuevo la senda de sus abuelos, de retorno de tortuosos pero fructíferos

rodeos. Bastaba con que mi padre divinizara la ciencia para que yo, en mi afán de autodeterminación, la viera como pura palabrería intelectualoide; como él elogiaba a los clásicos en tanto que modelos, a mí me parecían moralizantes y, por ende, odiosos. Rodeado de libros por todas partes, despreciaba los libros; obligado por mi padre, siempre, a las actividades intelectuales, yo me resistía ante cualquier forma de cultura transmitida por escrito, y no es de extrañar, pues, que si conseguí el título de Bachiller Superior fue muy a duras penas, y luego me negué en redondo a continuar los estudios e iniciar una carrera universitaria. Yo quería ser oficial del ejército, marino o ingeniero, si bien tampoco sentía una fuerte vocación por ninguna de estas profesiones. Era tan solo la aversión al papel y a esa faceta didáctica de la ciencia lo que me empujaba a lo práctico y a la acción y no a la vida académica. A pesar de todo, desde su fanática devoción por cuanto tiene que ver con el mundo universitario, mi padre insistió en que yo tenía que estudiar, y mi única conquista fue que, en lugar de Filología Clásica, me dejó bajar de nivel a la Filología Inglesa (solución de compromiso que, al fin y al cabo, acepté con la secreta y astuta idea de que, gracias a los conocimientos de esta lengua marítima, después habría de resultarme más fácil emprender mi anhelada carrera de marino).

No hay, pues, en ese *curriculum vitae* mío, nada menos cierto que la cariñosa afirmación de que ya adquirí los conocimientos fundamentales de la Filología en mi primer semestre en la Universidad de Berlín, gracias a la

ilustración que recibí de venerables catedráticos. ¡Como si, en mi irrefrenable afán de libertad de aquel entonces, me hubieran interesado lo más mínimo las asignaturas y los profesores! En mi primer y fugaz paso por una clase, el aire rancio y el discurso del catedrático, monótono y farragoso a la par, me dio tanto sueño que tuve que esforzarme muchísimo para no caer allí mismo con la cabeza apoyada en el pupitre... Aquello era otra vez como el colegio, del que felizmente creía haberme librado ya, volvía a estar en un aula, con su tarima demasiado alta y su cantilena científico-pedante; para mí, era como si de los labios entreabiertos del correspondiente catedrático saliera arena, de tan insulsa y mecánicamente como brotaban las palabras a partir del manido libro de texto para desvanecerse en el aire viciado. La sospecha que ya tenía de colegial de haber ido a parar a una morgue del pensamiento donde no se hacía otra cosa sino manosear cadáveres para describir su anatomía resurgió con horror en aquella especie de taller de producción de académicos apolillados incluso para siglos anteriores. Y cuando ya se agudizó en extremo mi instinto de rechazar todo aquello fue al salir de aquella clase tan insufrible a las calles de Berlín, del Berlín de aquel entonces, aquel que, ante la sorpresa de su propio crecimiento imparable y haciendo alarde de una virilidad demasiado repentina, parecía irradiar electricidad por todas las calles y desde todas las piedras, imponiendo a todo el mundo –lo quisiera o no– un ritmo de vida vertiginoso, muy acorde y similar en sus ansias desatadas con el desenfreno de mi propia

virilidad, también recién descubierta. Ambos, la ciudad y yo, recién salidos del cascarón pequeñoburgués, estrecho de miras y marcado por el rigor protestante, nos lanzábamos de cabeza a aquella nueva vorágine de poderío y posibilidades; los dos, la ciudad y el joven impulsivo que era yo, vibrábamos de impaciencia y agitación como una dinamo. Jamás he entendido Berlín como entonces, jamás la he amado así, pues al igual que en aquel acalorado panal que se desbordaba de gente, cada célula de mi persona bullía por desarrollarse de golpe... ¡Qué mejor lugar para dar rienda suelta a la impaciencia propia de toda juventud fuerte que el seno palpitante de aquella ardorosa mujerona, aquella ciudad impaciente y puro derroche de energía! Me sedujo de golpe y yo me entregué a ella, me zambullí en sus arterias, mi curiosidad corrió a explorar por entero su cuerpo, de piedra, pero cálido; de la mañana a la noche me dedicaba a recorrer las calles, iba hasta los lagos, exploraba sus escondites: lo reconozco, fue el puro frenesí lo que me tuvo preso en aquella aventura vital de meterme en todas partes en lugar de prestar atención a mis estudios. Por otra parte, aquella desmesura tan solo obedecía a la particularidad de mi naturaleza: desde niño he sido incapaz de hacer más de una cosa a la vez; volcado en una actividad, me volvía enteramente impenetrable al interés por cualquier otra; cada vez y allá donde estuviera me dominaba y me movía un único ímpetu, y, de hecho, hasta hoy, en mi trabajo, cuando le hinco el diente a un tema, lo machaco como un poseso y no suelo abandonarlo hasta no-

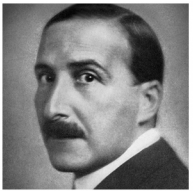
tar ya bien roído el último, el ultimísimo resto del tuétano.

En aquella época de Berlín, el sentimiento de libertad me embriagó con tal virulencia que no soportaba ni el breve rato de encierro que suponían las horas de clase, es más, no soportaba las cuatro paredes de mi propia habitación: todo cuanto no implicaba una aventura me desazonaba como si estuviera perdiéndome algo. Y así fue cómo el jovencísimo provinciano, todavía con las orejas húmedas, como suele decirse, y recién soltado del redil, se afanó por parecer un hombre muy hombre: me metí en una asociación estudiantil, traté de darme un aire desvergonzado, displicente, gamberro (yo que soy de natural más bien tímido), adquirí en cuestión de una semana las maneras propias de la gran ciudad y la Gran Alemania y, a una velocidad pasmosa, aprendí a zascandilear y zanganear por los rincones de los cafés como un auténtico *miles gloriosus*. A este capítulo de la irrupción de la virilidad pertenecían también, por supuesto, las mujeres –o más bien: «las hembras», como decíamos en nuestra prepotente jerga estudiantil–, lo cual fue de lo más oportuno para mí, pues era un joven notablemente apuesto. Alto, esbelto, con las mejillas aún cubiertas por la pátina de bronce adquirida junto al mar, ágil cual gimnasta en todos mis movimientos, lo tenía muy fácil frente a los dependientes paliduchos y resecos como arenques de pasarse el día metidos en sus tiendas que, al igual que nosotros, todos los domingos salían de pesca a los locales de baile de Halensee y Hundekehle

(por aquel entonces, aún quedaban muy lejos del centro). Tan pronto era una rubísima criadita de Mecklemburgo la que, aprovechando el ardor del baile, me llevaba yo a mi habitación justo antes de que se volviera a su tierra de vacaciones, como una judía de Posen, menuda y nerviosa cual rabo de lagartija que vendía medias en los grandes almacenes Tietz... casi siempre, presas baratas, fáciles de cazar y que tampoco tardaba en traspasar a los compañeros. Por supuesto, aquella insospechada facilidad para el triunfo constituía una sorpresa embriagadora para quien prácticamente ayer aún había sido un bachiller timorato; aquellos éxitos de poca monta servían para incrementar mi nivel de osadía, y así, poco a poco, la calle se convirtió para mí en poco más que el coto de caza de aquellas aventuras a las que me daba sin discriminación alguna, casi por deporte. Una de las veces, yendo detrás de una chica guapa, fui a parar –ciertamente, por pura casualidad– a la avenida Unter den Linden y al edificio central de la Universidad, y me tuve que reír al pensar en el tiempo llevaba sin poner un pie al otro lado de aquel venerable umbral. En acto de soberbia, entré entonces junto con un amigo de mi misma cuerda; tan solo abrimos una puerta, vimos (y nos resultó ridículo hasta no poder más) ciento cincuenta espaldas inclinadas sobre los bancos, tomando apuntes y como si todos estuvieran rezando la letanía de un sumo pesadote de barba blanca. Al instante ya había vuelto yo a cerrar la puerta, dejando que aquel arroyuelo de elocuencia anodina corriera sobre los hombros de tan aplicados fieles y,

por mi parte, salí con mi compañero a la soleada avenida como un rey. A veces me da la sensación de que jamás pudo existir ningún joven que perdiera el tiempo más tontamente que yo en aquellos meses. No leí ni un solo libro, tengo la certeza de no haber dicho una sola palabra con sentido, de no haber tenido ni una sola idea... Por instinto, evitaba la compañía de cualquier persona culta con el único objeto de que mi recién despertado cuerpo disfrutara con más intensidad de las mieles de lo nuevo y hasta entonces prohibido. Cierto es que esta forma de emborracharse con los propios jugos, de rebelarse contra uno mismo malgastando el tiempo, de algún modo forma parte de la naturaleza de toda juventud vigorosa que, de pronto, se ve libre; ahora bien, dada mi particular inclinación al exceso, aquella vida disoluta ya empezaba a ser un peligro, y todo apuntaba a que acabaría perdiendo el norte por completo o, cuando menos, sumido en un abotargamiento de los sentidos, de no haberse dado una repentina casualidad que impidió aquella caída interior.

Esa casualidad –hoy, dando gracias, la considero feliz– consistió en que, de modo inesperado, invitaron a mi padre a participar en una conferencia de rectores en el Ministerio y tuvo que venir un día a Berlín. Como pedagogo de profesión, aprovechó la ocasión para hacerme un breve examen de conducta por sorpresa, sin previo aviso de su visita. El asalto fue un éxito rotundo... para él. Como de costumbre, yo estaba pasando la velada en mi cuartucho de estudiante en el norte de la ciudad –al



Este volumen reúne dos pequeñas joyas de la narrativa breve de Stefan Zweig. En *La colección invisible*, un anciano coleccionista ciego acaricia cada tarde sus carpetas de grabados, sin saber que la ruina de la Alemania de posguerra ha vaciado sus tesoros. Cuando un marchante de Berlín llega a su casa, se verá arrastrado a un engaño piadoso que preserva, contra toda evidencia, la última felicidad del anciano. En *Confusión de sentimientos*, un profesor en el ocaso de su vida rescata el recuerdo más luminoso y perturbador de su juventud: la fascinación que ejerció sobre él su mentor, un hombre brillante atormentado por un secreto inconfesable. Entre la devoción intelectual y el vértigo de emociones incomprensibles, el joven discípulo atravesará el umbral hacia las zonas más oscuras del deseo.

Traducción
Isabel García Adánez

Alianza editorial
El libro de bolsillo

PVP A ISBN 979-13-7009-152-1 3403855 BIBLIOTECA DE AUTOR

Diseño Estrada